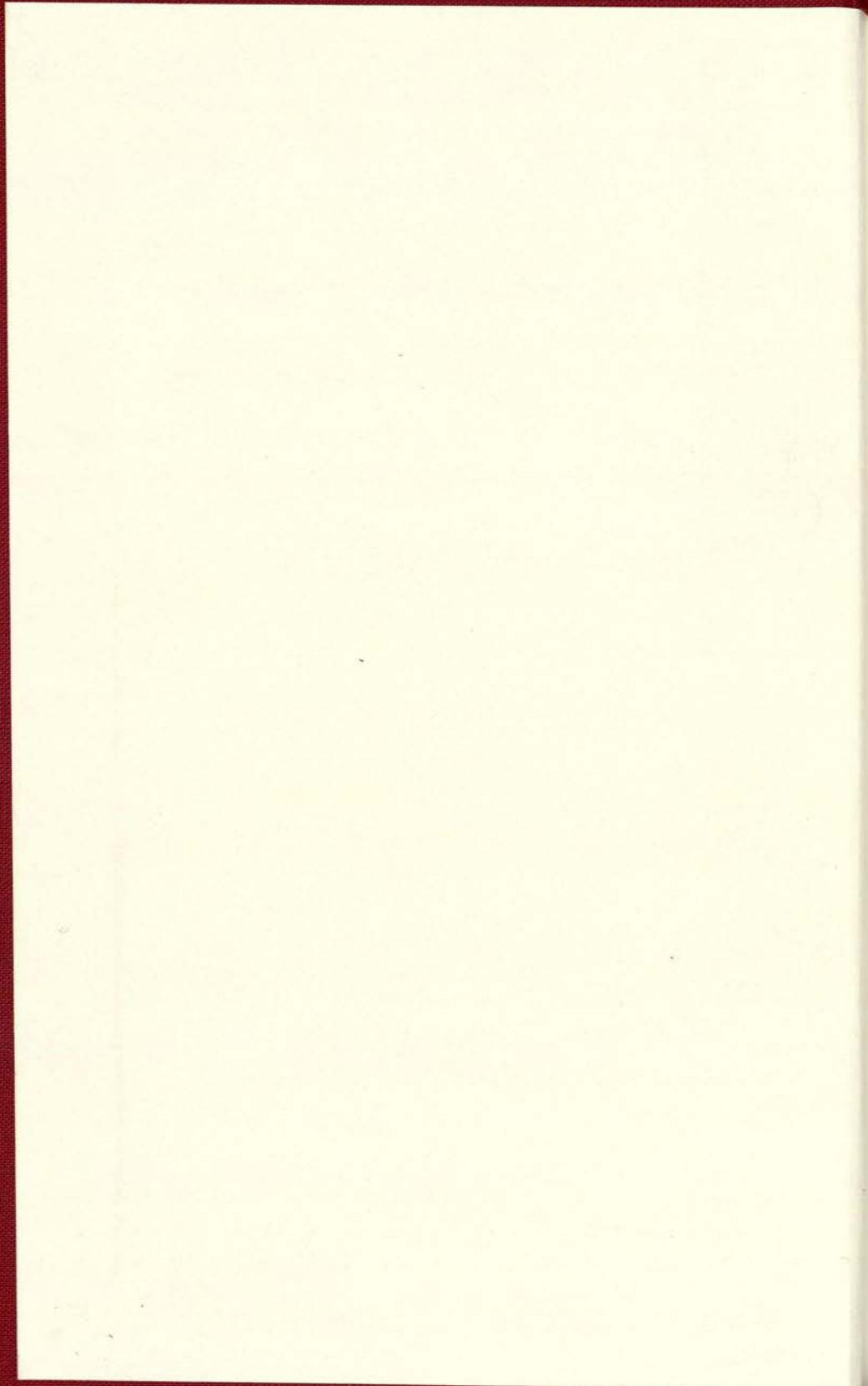


A-C.117/2

R. RUIZ  
—  
LA  
REVOLU-  
CION  
DE  
SEPTIEN-  
BRE





Caj.  $\frac{348}{12}$





LA  
REVOLUCION DE SETIEMBRE

Y SUS CONSECUENCIAS PROBABLES,

POR

RAFAEL DOMINGUEZ Y RUIZ-GIMENEZ.



MADRID.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.

—  
1870.







K-Cej. 117/2

78839

LA REVOLUCION DE SETIEMBRE

Y SUS CONSECUENCIAS PROBABLES.

---



LA  
REVOLUCION DE SETIEMBRE

Y SUS CONSECUENCIAS PROBABLES,

POR

RAFAEL DOMINGUEZ Y RUIZ-GIMENEZ.



MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CAPEZA. NÚM. 27.

—  
1870.





Oh que d'écrits obscurs, de livres ignorés  
furent en ce grand jour de la poudre tirés!

\*\*\*

## I.

Ya no queda más que el recuerdo, doloroso para algunos corazones, de la batalla de Alcolea; el Guadalquivir se ha lavado en el mar las manchas rojas con que la sangre empañó su clara supercie, y hoy corre limpio y alegre como si nada hubiera sucedido. El panorama de aquellos sitios presenta su ordinario aspecto, y nada á primera vista indica que allí tuvo lugar recientemente la sangrienta y desigual pelea que decidió la suerte de una antigua dinastía. Los restos de la monarquía de Covadonga han sido despues rotos y manchados por los héroes inmortales de la Revolucion gloriosa, y los sucesores de Alfonso I el Católico están en tierra extranjera, porque las glorias de diez siglos no cogen en lo estrecho de la España regenerada. Las lágrimas se han secado en muchos ojos que por estas causas lloraron, y los cadáveres de los que fueron víctimas de su lealtad, aun cuando no descansan todos en cristiana sepultura, han desaparecido para no volverse á ver. Todo esto, que es triste, ya pasó, y ahora solo nos quedan motivos de satisfaccion y de alegría; el sol conserva su luz y su calor, las flores sus mismos matices y perfumes, y la naturaleza toda su belleza y armonía; los ilustres libertadores pasan el tiempo en abundantes festines, sin que palabras de fuego les anuncien como

á Baltasar su fin siniestro; España está anegada en honra y dicha, y nuestra vida no puede ser ni más tranquila ni más encantadora.

Al olvido, pues, lo pasado, y ocupémonos solo de gozar las delicias de lo presente.

Gocemos, sí; la cristalina esfera  
gira bañada en luz; ¡bella es la vida!  
¿Quién á parar alcanza la carrera  
del mundo alegre que al placer convida? (1)

El cuadro que se presenta á nuestra vista asombrada es efectivamente encantador, y todo cuanto se ve en la nueva España tiene una grandeza homérica; el primer acto de sus nobles regeneradores ha sido arrojar cieno á la cara de una mujer desolada para que se amase con sus lágrimas, y después levantar á una altura que se pierde de vista la honra de esta pobre patria, que ya no se conoce á sí misma. Costumbres, ideas, conductas, todo en ella ha cambiado, y es inútil buscar algo de lo que antes fué. El viento del progreso indefinido nos empuja, y los escrúpulos se quedan ya atrás por reaccionarios, y la vergüenza por retrógrada; hemos sacudido felizmente el yugo de todas las tiranías, y no hay nada en el mundo que pueda contener nuestro deseo. El pensamiento tiene toda la libertad que necesita para arrastrarse por donde le da la gana, y así multitud de escritos oscuros, que mueren á poco de nacer, pero que, sin embargo, causan mucho daño, sirven de pasto diario á la curiosidad, que indistintamente todo lo devora. El ejemplo es contagioso, y no hay medio tampoco de sustraerse á la influencia de la atmósfera que se respira; por esta razón sacudimos el polvo de estas páginas, escritas hace algun tiempo, y sin pretension ninguna de mérito literario, las arrojamos al viento de la publicidad.

(1) Espronceda.

## II.

Hace muchos años que en el centro occidental del viejo mundo se levantó como una especie de vapor oscuro, que condensándose á medida que se extendía por el horizonte robó á la luz el brillo y la pureza de sus colores. Suspenso algun tiempo sin moverse sobre la tierra donde habia nacido, avanzó despues lentamente en distintas direcciones, y al fin logró envolver casi todos los pueblos que ocupan las razas indo-germánicas. Cuando llegó á tocar el suelo ardiente del Mediodia, hizo sentir con violenta intensidad su fatal influencia y fué causa de grandisimos desastres; este vapor que nació en Wittemberg era la gasa fúnebre que extendia el luteranismo sobre todos los pueblos cristianos y llevaba entre sus pardos pliegues la duda, la impiedad y la rebeldía. La Revolucion que produjo, múltiple en la forma pero esencialmente la misma, es desde entonces la que agita en convulsion dolorosa á todas las naciones de Occidente. No hay, por lo mismo, suceso alguno de carácter revolucionario, por aislado que parezca, que deje de estar ligado íntimamente con ella. Las revoluciones parciales ya no son políticas, por más que á veces quieran parecerlo, y llevan bien marcado el sello del protestantismo que las impulsa: uno es el fin á que todas se encaminan, como es uno tambien el origen fatal de donde parten; al considerarlas aisladamente, hay necesidad de no perder de vista el lazo que las une, y que las presenta, miradas á cierta distancia, formando un solo conjunto. Así haremos para juzgar la que llaman en España Revolucion de Setiembre; y como para apreciar el valor de un objeto cualquiera es preciso conocer antes la materia de que está hecho, al ocuparnos de esta Revolucion flamante, vamos á decir algo en primer término de los tres partidos que han alcanzado la inmarcesible gloria de llevarla á cabo.

### III.

La naturaleza ha establecido que cuando los cuerpos se descomponen, las moléculas que los formaban se combinan inmediatamente de distinto modo y formen nuevos compuestos; pero ocurre muchas veces que por efecto de un fenómeno de difícil explicacion, los cuerpos nuevamente formados se presentan en un estado anómalo, sin consolidar y con la composicion mal definida. Este fenómeno de la naturaleza fisica se produce tambien en el órden moral, y de ello vamos à presentar un ejemplo. A expensas de los partidos moderado y progresista, que rápidamente se descomponian, pudo formarse la union liberal; nuevo cuerpo político que se presentó desde el principio en estado de magma, sin consolidar y sin tener tampoco composicion fija ni determinada. Los hombres de la ciencia opinaron entonces casi unánimes que si la union liberal no allegaba otros elementos tendria siempre poquísima importancia; ella debió pensar tambien lo mismo, y convencida de que era un cuerpo irregular y pobre, quiso adquirir algo que brillara y ocultar de este modo el vicio de su composicion. Parécenos indudable que buscó lo que le hacia falta, y más feliz que Diógenes, encontró un hombre; este hombre se llamaba D. Leopoldo O'Donnell, quien aunque extranjero en su origen, era español y general muy distinguido del ejército. Desde el momento en que este importante personaje formó parte de la union liberal, las circunstancias de esa agrupacion política cambiaron enteramente: el gran carácter del conde de Lucena acalló el dualismo latente que trabajaba el partido, dominó las ambiciones particulares que habia en él y le dió, en la apariencia al ménos, la unidad que antes no tenia.



Educado el general O'Donnell en la escuela doctrinaria, no es sorprendente que se sublevara en varias ocasiones; pero en todas ellas declaró de un modo terminante que no se rebelaba contra su Reina, á la que siempre hizo protestas de lealtad, sino únicamente contra los gobiernos que, segun su modo de ver, eran causa de las desgracias del país; y aun cuando esa sutileza sea inadmisibile, revela al ménos que quedaba algo del caballero en el corazon del doctrinario. Por esto creemos, con permiso del autor de un libro que lleva por título el nombre de este personaje, que nunca D. Leopoldo O'Donnell habria cometido la infamia de arrojar del trono á doña Isabel II, á quien estaba obligado á tener respeto y guardar fidelidad, segun lo prescrito por todas las leyes que dirigen el honor y la conciencia. No tenemos duda de que las reminiscencias del Par de Irlanda podian más, dadas ciertas circunstancias, en aquella naturaleza enérgica, que las inspiraciones del liberalismo que profesaba, y que oscurece con su triste sombra la notable figura de este histórico personaje. Pero sea de esto lo que quiera, no se puede negar que la union liberal le debió toda su importancia y tambien todos sus triunfos; su larga permanencia en el poder solo puede explicarse por las condiciones, raras en verdad, del hombre que la dominaba.

La política de este partido fué la de mandar siempre y conservarse á toda costa dueño de los destinos públicos. La guerra de Africa, más injusta moralmente que todas cuantas se han hecho en el mundo, no tuvo en realidad otro objeto, y la murmuracion llegó á afirmar que los sucesos de Junio del 66 los habia la misma union preparado con igual é idéntico fin. Creemos sin reserva que esta es una calumnia; pero no puede negarse que teniendo como tenia el gobierno en su mano el hilo de la conspiracion, y que habiendo el general O'Donnell declarado en las Córtes que habia pasado la noche vestido de uniforme esperando el parte de haber estallado la sedicion, esto se prestaba á la maledicencia; porque si sabia efectivamente que iba á estallar, ¿por qué no la

evitó? ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre se habrían entonces economizado!

De todos modos, la Revolución fué vencida, y el jefe de la union liberal, que contaba con grandes influencias en palacio, debió creerse sin duda completamente seguro en el poder. Al partido moderado, único que podia ser admitido en aquellas circunstancias al juego de las instituciones, lo consideraba en plena descomposicion y sin prestigio en el país para encargarse de la direccion de los negocios públicos. El general O'Donnell contaba además en ambas Cámaras con una mayoría disciplinada, y hábil la union liberal en el comercio de conciencias, tenia siempre gran número de ellas á disposicion del gobierno que las pagaba, segun la necesidad y el valor de la mercancía. Todo, pues, se presentaba risueño para este partido; si el humo de la sangre, caliente todavía, era causa de que se formara alguna ligera nube en su horizonte, ó hacia pesada la atmósfera, no era esto motivo de inquietarse. La sangre vertida pertenecia en su mayor parte á los que proclamaban principios subversivos, y la union liberal pretendia justificar sus rigores, apoyándose en que los sublevados eran enemigos de todo gobierno y de toda sociedad. Si algunos oficiales habian sido asesinados villanamente, y otros muchos infelices soldados sucumbieron en la lucha, á juicio de la union liberal quedaba á las familias de esas víctimas el consuelo de que habian muerto en defensa de su reina, y la patria debia resignarse en último término con tan dolorosos sacrificios. Así pensaba entonces esa agrupacion política, actora despues en la Revolución de Setiembre, y estaba tranquila; como no tenia arúspices que consultaran las entrañas de las víctimas, ningun triste augurio inquietaba su alegría; considerábase dichosa por estar en el poder, único objeto de su deseo, y segura ya de conservarlo, despues de los sucesos de Junio, se entregó á todas las ilusiones, y fantaseó la variada dicha de un eterno mando. Pero ¡oh Providencia! el frio del desengaño disipó muy pronto tan queridas ilusiones, y la union liberal cayó para no levantarse más.

¡Triste despertar por cierto de tan hermoso y corto sueño!  
Es preciso convenir en que el golpe fué rudo, cruel, terrible para la union liberal; su asombro debió ser grande y la consternacion tan general y completa, que *La Correspondencia* no tuvo accion para escribir una *última hora*. Lo que pasó en lo íntimo de ese partido despues de su caída, Dios lo sabe; la voz pública murmuró entonces muchas cosas; se habló de disolucion, pero esto no podia ser viviendo el general O'Donnell; la union liberal estaba animada por la sustancia de aquel hombre, y en tanto que él viviera, ella vivia necesariamente tambien, porque en esta especie de panteismo habia solo una sustancia, una esencia, y todo lo demás, por múltiple y por vario que apareciese, era simplemente modificacion de la sustancia misma.

Hé aquí, pues, el secreto de por qué la union liberal no se disolvió entonces, á pesar—¡mentira parece!—de verse arrojada del poder cuando ménos pudo esperarlo y de estar segura de que volveria muy tarde á él si únicamente lo habia de alcanzar por el camino de la legalidad. Todavía con el general O'Donnell le quedaba alguna esperanza de conseguirlo, y este fué en aquellas circunstancias el único consuelo de sus pesares. Pero muerto el duque de Tetuan en extranjera tierra, se llevó al sepulcro la última esperanza de la desdichada union liberal, y desde entonces ya no hubo para ella un solo momento de reposo; los hombres de éste partido cortaron las cintas á la careta y se hicieron revolucionarios sin disfraz, corrieron en busca de los que tenian jurada guerra á lo existente y no descansaron hasta que fueron admitidos en el seno de la gran conjuracion, formada en un principio para destruir á los mismos que iban á pedir humildemente que se les concediera un puesto en ella; ese puesto ya se sabe que se les dió, y el precio á que lo obtuvieron es fácil adivinarlo: no se necesita para ello más que observar que, al aparecer de nuevo en escena, la union liberal no viste ya su antiguo traje, que ha sido reemplazado por el gorro frigio de la democracia.

No es fácil, sin embargo, que haya hecho con sinceridad

completa la abdicacion de sus principios; profesa á la escuela doctrinaria un amor inextinguible, y aun cuando hoy le obligue la codicia á manifestárselo únicamente de un modo sentimental y platónico, es seguro que lo que hace en la union liberal las veces de corazon pertenece al doctrinarismo por completo.

Este amor y el ódio que profesa á la reina doña Isabel II es el doble lazo que la une al partido progresista, á quien antes tenia jurada guerra de exterminio.

Su ódio á la augusta señora y su afan de disponer del presupuesto, son asimismo los móviles nobles y generosos que la han impulsado á tomar parte en la Revolucion grande de Setiembre.

#### IV.

El partido progresista es tambien doctrinario, representa en España una rama del liberalismo y tiene un origen reciente y oscuro, á pesar de que él pretende más antiguo y más ilustre abolengo. Nació en el campo de la reina durante la última guerra civil y se llamó primero exaltado; despues cambió de nombre, cosa que hace con mucha facilidad, y el secreto de que no cambie igualmente de principios es porque no tiene ningunos. Aparte los que son comunes á toda la escuela liberal moderna, los suyos particulares, como partido reformista y parlamentario, el país no los conoce, porque en ninguna parte los ha consignado formando el conjunto de su doctrina.

Los de la Constitucion de 1812 no son, con toda seguridad, los suyos. El partido progresista se distingue por su ódio al clero y su actitud recelosa y desconfiada hácia la Iglesia católica, y aquella Constitucion está impregnada de respeto á ese mismo clero, y establece en uno de sus primeros artículos que la religion católica, *única verdadera*, es y será perpétuamente la religion de los españoles. El partido progresista tiene el vicio del parlamentarismo, y la Constitucion de Cádiz hace incompatible el cargo de diputado con el de *Secretario del Despacho*; el partido progresista es doctrinario hasta la médula de los huesos, y la Constitucion de 1812 es todo lo radicalmente democrática que las circunstancias le permitieron: circunstancias poco favorables á la verdad para la exposicion y mucho ménos para la práctica de cierta clase de ideas. La Constitucion de Cádiz tiene indudablemente grandeza; hay error en ella, pero error de buena fé: los legisladores que consignan su respeto profundo á las leyes tradicionales de la patria, que ponen la libertad política bajo la

égida santa de la religion católica, que prescriben á todos que en los actos más trascendentales imploren del Espíritu-Santo la luz y la gracia para proceder con acierto, esos legisladores, repetimos, no pudieron errar con malicia; habian vivido en el siglo XVIII, y ese fué el mal; respiraron en una atmósfera que no estaba ya pura, y se infiltró en su sangre algo de aquella filosofía funesta que tantos males causa en el mundo. Los legisladores de Cádiz quisieron restaurar nuestra tradicional y representativa monarquía, la cual concluyó trocándose del todo en absoluta bajo el cetro glorioso del primer Borbon, pero al hacerlo erraron indudablemente el camino; el mal espíritu de su época, que no pudo dominarlos por completo, oscureció sin embargo su entendimiento, é inspirados por ese espíritu, consignaron en su Código político principios que condenará siempre con razon la verdadera filosofía católica. De todos modos, tal como es la Constitucion del año 12, le está muy grande al partido progresista para que pueda amoldársela, y así es que en ningun tiempo ha hecho de ella ni su bandera ni su símbolo políticos.

Despues de esta Constitucion hay las de los años 37, 45 y 56; todas ellas se han hecho con acuerdo del partido progresista, y del confuso y abigarrado conjunto de tan opuestos principios, mal puede inferirse cuáles sean los que este partido profesa; sin grave riesgo de engañarse, bien se puede afirmar que él mismo no los conoce á punto fijo. Hay, sin embargo, que ser justos; el partido progresista profesa con entusiasmo un dogma que le pertenece exclusivamente: el de la soberanía nacional sin limitacion de ninguna clase; es decir, el despotismo ciego de las masas y el despotismo egoista de las Asambleas. Tambien tiene otra creencia firme y arraigada; la de que es muy liberal; pero como en el nuevo significado que algunas palabras tienen, liberal quiere decir racionalista, le dejamos de este artículo toda la cantidad que le acomode, y solo haremos alguna observacion respecto de su calidad.

El racionalismo del partido progresista es sin ninguna

duda de lo más malo del género; solo ha consistido siempre en la rebelion constante y sistemática contra toda autoridad legitima; este partido, que prescinde de la verdad revelada y no cree que es la piedra fundamental de toda sociedad, no se ha elevado nunca tampoco á las altas regiones de la metafísica para buscar en ellas la verdad fundamental, generadora de sus teorías sociales y políticas; la ciencia no es su elemento, y el orden puramente intelectual parece serle del todo desconocido. Nadie en el mundo ha hecho ménos uso de su razon que los individuos del partido progresista, y así se observa el fenómeno de que, al mismo tiempo que protestan soberbios en nombre de esa facultad contra declaraciones de altísimas potestades, reciben con acatamiento y sumision todas las decisiones de sus jefes por absurdas y transcendentales que estas sean.

La subordinacion del progresista es igual á la del recluta que acaba de oír leer las leyes penales: este es su rasgo más característico. Ejemplo de igual abdicacion del propio criterio solo puede encontrarse en remotos siglos, aunque con circunstancias atenuantes para los que vivieron en aquel tiempo.

Los primeros filósofos de la escuela itálica profesaban tan gran respeto á su jefe y tenian en tan alto aprecio su opinion, que, cuando se queria poner término á cuestiones que son tan frecuentes en las academias alcanzando en ellas la victoria, cuando se deseaba conseguir que cualquier nuevo principio se admitiera, ó que alguna proposicion dudosa se incluyese sin exámen en el número de las verdades demostradas, se usaba de este argumento irrefutable: *el maestro lo ha dicho*; estas palabras ejercian mágica influencia, y una vez pronunciadas, la cuestion no era posible: todo el mundo abdicaba su razon ante la razon poderosa del sábio maestro, y la paz alterada por el calor de la disputa se restablecia, y el entendimiento descansaba satisfecho, porque conocia nuevas verdades sin tomarse el trabajo de investigarlas.

El partido progresista es en esto únicamente en lo que se parece á la escuela itálica: tiene tambien su fórmula para



dirimir contiendas; y cuando surgen en su seno cuestiones personales que pueden ser ocasion de alguna dificultad, se usa de un argumento poderoso para que las disidencias cesen y todos marchen unidos por el camino que previamente se les ha trazado: *el jefe lo ha dispuesto*, se dice, y ante tan alta razon ya no se puede objetar nada; si por acaso hay alguno, que es raro, á quien no satisfaga lo concluyente del argumento, no se separa por eso de la comunión; lo que hace es apartarse un poco nada más, tomar una actitud hasta cierto punto reservada, con lo que cree dejar satisfecha su conciencia, y eso es todo.

Esta subordinacion del partido progresista es admirable, y apoyados en ella los jefes de las localidades, han negociado, durante la época del retraimiento, con todos los partidos que disponian del poder, y hecho transacciones tan inmorales, pero tan provechosas para sí mismos, que esto último les quita lo que tienen de inverosímiles.

Nadie niega hoy al partido progresista la vergüenza y el ridículo de que está cubierto; casi nunca produce indignacion, porque hace reir casi siempre y es cómico hasta deramando sangre. Sus héroes, plebeyos y vulgares, pero con pretensiones de Guzman, recuerdan sin cesar al gobernador y la insula del inmortal libro de Cervantes, y cuando se irguen terribles para dictar su voluntad y poner el espanto en el corazon de tímidas mujeres, no alcanzan ni con mucho la altura épica de Pancho y de Mendrugo.

Tal es el juicio que merecen á sus contemporáneos; la historia, más investigadora y más justa, los presentará tambien bajo el aspecto de negociantes afortunados de su conciencia.





V.

A pesar de las circunstancias que le adornan, el partido progresista ha gobernado el país en varias ocasiones, y en todas ellas, como era natural, solo ha obtenido estos dañados frutos de su mando. Siempre se apoderó del poder con el derecho del más fuerte, y con el mismo derecho los que fueron más fuertes que él le obligaron á dejarlo; no tuvo por lo mismo razon para quejarse. En los últimos tiempos no podia acariciar la esperanza de obtenerlo ni aun por este medio; la union liberal por una parte y la democracia por otra, habian dejado muchos claros en sus filas, y ya no tenia ni siquiera la razon del número. La situacion del partido progresista era realmente desesperada: su jefe civil, poco tiempo despues de haber hecho súplicas fervientes para que *Dios salvara á la reina*, la trató, segun nos cuenta la fama, con tan desinteresado respeto, que se hizo incompatible con la dinastía. Del jefe militar hemos apuntado alguna cosa, y tenemos varias razones para no ocuparnos más de su persona; creemos que no hay necesidad de hacerlo, ni tampoco de esforzarse en probar lo que todo el mundo sabe, esto es: que el partido progresista, dadas sus circunstancias particulares, no habria llegado nunca por ningun camino á las alturas del poder. Esta es la razon por qué su areópago, que solo se parece al de Atenas en que se ocupa de los negocios públicos, dictó á sus súbditos el retraimiento, que fué aceptado con la proverbial docilidad de este partido. La noticia de su nueva actitud la recibió el país con la más completa indiferencia, y el suceso fué ocasion de que los progresistas de segundo y tercer orden buscaran el medio de acomodarse bien para pasar el mal tiempo; las circuns-

tancias favorecieron el deseo, y por efecto de las inteligencias y transacciones que antes hemos apuntado, llegaron á ocupar en los pueblos la mayor parte de los puestos públicos, y á estar por lo mismo en disposición de conspirar sin temor y de afilar tranquilamente el hacha con la que intentaban arrancar de raíz el árbol secular, cuyos frutos, prodigados con poco acierto, servían para alimentarlos. A tal punto llegó su bienestar, en algunos pueblos especialmente, que si no fuera por temor de que se nos tachara de exagerados, no tendríamos dificultad en afirmar que el partido progresista, al rebelarse en Setiembre, casi se rebeló contra sí mismo.

Sus principales jefes, sin embargo—justo es decirlo,—y algunos, aunque pocos, de sus individuos aceptaron con resolución las consecuencias de su actitud francamente revolucionaria, y solo tuvieron inteligencias y buscaron alianzas con los que se encontraban en el mismo caso. Conociendo que solos nada podían ni nada significaban, se dirigieron en busca de la democracia para pedirla el calor de sus principios y el apoyo de su brazo, de que tanto habían menester; esta los esperaba hacia ya tiempo, y cuando el ejército progresista, escaso en número, llegó á su campamento, tuvo que armar sus tiendas á retaguardia de la democracia, que ocupaba desde antes la primera línea. ¡Triste condicion del partido que se llama progresista la de quedarse siempre á la espalda!

Quando estuvieron reunidos los dos ejércitos, fraternizaron.

—¿Qué nos traeis? preguntó la democracia.

—Os traemos, dijeron, nuestro ódio profundo á la Iglesia y á esa dinastía que está maldita.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Mentían, sin embargo, porque también llevaban su miedo á las soluciones radicales y su amor á las soluciones doctrinarias, con más el deseo de ser dueños del presupuesto y los honores, á los que tienen afición loca.

## VI.

La democracia, antes de la Revolucion de Setiembre no estuvo considerada como un partido legal, propiamente dicho, y convencida ella de esto mismo, aun cuando algunas veces afectaba lo contrario, fué la primera que se declaró en franca y abierta rebelion contra los poderes constituidos. Fuerte por la conviccion de su idea, pero débil todavía por el número de sus adeptos, contaba, sin embargo, con el triunfo que tenia seguridad de alcanzar, más que por su propio esfuerzo, por el auxilio indirecto de unos, directo de otros, pero eficaz y poderoso de todos los partidos medios; á esta conviccion arregló sin duda su conducta, y así se explica naturalmente que los hombres del partido democrático sean los que ménos parte tomaron en el terreno material para el triunfo de la Revolucion de Setiembre. Pero en rigor, ¿qué necesidad tenian de hacerlo? ¿Por ventura el triunfo de la Revolucion, cualesquiera que fuesen los hombres que la hicieran, no habia de ser precisa y necesariamente el triunfo de la democracia? ¿Qué bandera suya podian levantar los partidos doctrinarios que no estuviera ya llena de lodo y además rota y desgarrada por ellos mismos?

Para causar algun efecto en el país, para no hacer tentativas inútiles que solo dieran por resultado cubrir de ridículo á sus autores, era absolutamente indispensable que se hiciera lo que se ha hecho; es decir, que los liberales de órden alquilaran á la democracia sus principios fundamentales, que se vistieran su traje, rojo de sangre en otras partes, pero blanco todavía en España, y que cubiertos con él atravesaran, para escalar el poder, por en medio de la multitud asombrada, que les abrió paso porque no conoci-

los hombres, ocupada su atencion en contemplar lo raro y lo nuevo del equipaje.

Solo así la Revolucion era posible; pero al hacerla de este modo los partidos medios se han anulado á sí mismos, y solo la democracia es la que aparece triunfante. Esta, ya lo hemos dicho, ha trabajado poco en el terreno de la fuerza; pero ha sido incansable y tenaz en la propagacion de sus doctrinas: en la prensa y en el Parlamento, en la tribuna y en la cátedra, en todas partes donde ha tenido un puesto, no ha dejado pasar dia sin hacer la defensa de su causa, sin combatir rudamente los principios fundamentales de la antigua sociedad.

Lógica y con grande aparato de ciencia, ha ejercido mucho influjo sobre algunos espíritus pensadores; ardiente en la lucha y generosa en las ideas, ha hecho hervir la sangre en muchos corazones jóvenes; preciso es concederle que ha trabajado con éxito y que el triunfo de Setiembre le pertenece por completo; si despues de él le han regateado los ministerios y destinos públicos, han tenido que concederle en cambio todos los principios que estaban consignados en sus programas.

Su camino lo ha hecho en poco tiempo; en 1848 fué la primera vez que se dibujó en nuestro horizonte; despues, en el año 56, formó ya un punto oscuro perceptible para todo el mundo, y últimamente, en Setiembre del 68, ha sido la densa nube que ha envuelto en su triste niebla á toda la sociedad española.

Los partidos doctrinarios la vieron aparecer con inquietud; pero sin fuerza moral para luchar abiertamente contra ella, la dejaron crecer, mientras buscaban, en vano, un medio seguro de destruirla; ya se ha visto cuál ha sido el resultado de sus esfuerzos; hoy la combaten en otro terreno y con distintas armas, pero será inútil todo cuanto intenten para vencerla. La mision que trae al mundo la democracia es providencial y justiciera, y tiene sin remedio que cumplirse: como la mosca zumbadora de Egipto, llamada por Isaias para destruir el descreido imperio de la Asiria, la

democracia, llamada tambien por Dios, viene á destruir la Babilonia liberal, confusion y desdicha de las sociedades cristianas.

Parte de su mision ya se ha cumplido; su triunfo sobre los partidos medios en la esfera de las ideas ha sido absoluto, en la de los hechos todavía no: un poco de tiempo más y su victoria será completa.

La democracia presenta en la época actual un carácter de universalidad que tuvo la de Francia en 1789. Antes era un movimiento limitado por el tiempo y el espacio; ahora es un movimiento que presenta caracteres de universalidad. Este carácter universal se trata de investigar.

La democracia francesa nació en el momento de la revolución de 1789; en aquel año; en gran tribuna expresó en pocas palabras, momentos antes de morir, el pensamiento profundo de toda aquella revolución: de principios de la democracia y de sus deberes: «(derramarse sobre mi sepulchro coronado flores, porque voy a entrar en el seno eterno)». — Así hablaba el conde de Mirabeau en el instante anterior en que iban á abrirse para él las puertas del cielo.

Estas palabras profundamente dichas en los labios de un tribuno, no significaban sino por decirlo así las ideas fundamentales de un hombre, significaban también el impulso de todo un pueblo: la sociedad francesa había sido convertida y era una sociedad averiguada sobre el abismo del futuro mortal que la hacía pechar las puertas. La escuela sensualista fue el primer paso en Francia el socio, y para el bien social, materialismo de la filosofía escolástica; y esta filosofía que desfilaba el mundo en la última mitad del siglo XVIII, para los grandes filósofos de aquella época el espíritu no existía, y la idea de la universalidad del alma era solo la inversión de una de las ideas fundamentales; aquellos profundos pensadores tenían averiguado como cosa cierta que el hombre es natura-



## VII.

La democracia presenta en España distinto carácter del que tuvo la de Francia en 1789. Ambas son, sin duda, una misma cosa en el fondo; pero la diversidad de su inmediato origen hace que presenten notables diferencias, que es necesario conocer cuando se trate de juzgarlas.

La democracia francesa nació del materialismo de la filosofía de aquel siglo; su gran tribuno expresó en pocas palabras, momentos antes de morir, el escepticismo profundo de todos aquellos revolucionarios, de quienes fué el más completo y acabado tipo:—«Derramad sobre mí perfumes y coronadme de flores, porque voy á entrar en el sueño eterno.»—Así hablaba el conde de Mirabeau en el instante supremo en que iban á abrirse para él las puertas de la eternidad. Estas palabras profundamente tristes en los lábios de un moribundo, no significaban solo por desgracia las falsas creencias de un hombre, significaban tambien la impiedad de todo un pueblo; la sociedad francesa habia sido envenenada, y era cosa sencilla averiguar dónde se elaboraba el tósigo mortal que le hacia pedazos las entrañas. La escuela sensualista produjo en Francia el seco, y para el bien estéril, materialismo de la filosofía enciclopédica, y esta filosofía que destilaba el veneno fué la reina absoluta que dominó todos los entendimientos durante la última mitad del siglo XVIII. Para los grandes sábios de aquella época el espíritu no existia, y la idea de la inmortalidad del alma era solo la invencion ridicula de filósofos ignorantes; aquellos profundos pensadores tenian averiguado como cosa cierta que el hombre es única-

mente una especie de bruto con mayor inteligencia que los demás, don que solo debe á su sensibilidad más exquisita.

Guiados por la luz que irradia filosofía tan sublime, los revolucionarios franceses emprendieron la obra de regenerar aquella sociedad decrepita; para conseguir su objeto no hubo nada que dejaran de destruir, cebándose con irritable encono contra todo cuanto podía recordarles que existe algo superior á la materia organizada, deidad única que se dignaron reconocer, pero deidad que debió de ser terrible é implacable, porque solo le rindieron culto de lágrimas y sangre; esta es, sin duda, la causa de que en la Revolución francesa la pasión los dominara á todos: desde Mirabeau, activo patricio que arroja á los piés del pueblo su brillante génio para vengarse de la nobleza, hasta Robespierre, sombrío liberto, que busca en el exterminio y en la muerte la satisfacción de su ódio hácia todo lo noble y generoso: desde madama Roland, espartana plebeya y literata, que, inspirándose en su inquieta envidia, es la que corta por medio de sus amigos los girondinos la cabeza augusta de Luis XVI, hasta Catalina Theos, repugnante pitonisa de un Dios más repugnante todavía. Nada se encuentra, en efecto, ni en los individuos ni en las colectividades durante el período de fiebre revolucionaria que empieza con los Estados generales y no se debilita hasta la venganza thermidoreense, que no esté inspirado por la pasión abandonada á sí misma, loca, delirante, frenética, sin moral que la guie, sin razón que la illustre, sin pudor siquiera que la contenga, es decir, sin correctivo de ninguna clase. Por esto adoraron la Razon al mismo tiempo que la proscibieron; por esto proclamaron la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, y en nombre de las generosas ideas que estas palabras significan, crearon el más odioso despotismo que han conocido los siglos, establecieron las diferencias más absurdas y cortaron millares de cabezas.

## VIII.

Cuando en la Asamblea Constituyente se hizo la declaracion famosa de los derechos del hombre, nuevo credo que la democracia radical hacia consignar en el preámbulo de la Constitucion, este acto importantísimo solo obtuvo de los diputados y de todas las clases del pueblo francés una sonrisa de burla y de desprecio; la inmensa mayoría de las gentes no comprendió entonces, como no comprende hoy, ó afecta al ménos no comprender, que esto es muy difícil distinguirlo, la trascendencia inmensa de declaracion semejante; es indudable que muchos no vieron que, una vez admitidas estas premisas, las consecuencias que con toda lógica habian de sacarse de ellas llevarian la sociedad al infierno de la anarquía. No lo creyeron; el materialismo infiltrado en la sangre les inspiraba invencible desvío hácia toda cuestion metafísica; el pensamiento de aquella generacion no se elevó nunca por encima de los objetos sensibles que fueron la codicia de su vida entera; por esto ni comprendieron la cuestion, ni se tomaron el trabajo de estudiarla: la sociedad de entonces se contentó con reirse de la proclamacion de unos derechos que, arrancando de nuevo origen, entrañaban la fatal necesidad, toda vez que fueran admitidos, de destruir por la base el edificio social, tan sólidamente construido por la sabiduría admirable de la santa Iglesia católica.

Jamás se vió en ningun pueblo cristiano tan general descreimiento y tan gran número de errores, pero jamás tampoco la mano justiciera de la Providencia se dejó sentir de un modo tan perceptible: todavía se reian de Dios los viejos y



cínicos aristócratas, restos gangrenados de la corte de Luis XV, cuando el frío penetrante de la cuchilla revolucionaria helaba en sus labios la burlona expresión de la sonrisa; todavía los constitucionales explicaban sus mentidas y utópicas teorías sobre la gobernación de los pueblos —primer ensayo de doctrinarismo político— cuando la mayor parte de ellos eran víctimas del puñal de los sicarios y los demás iban á morir al destierro ó al cadalso; aun se oía la voz elocuente y apasionada de Vergniaud haciendo estremecer de entusiasmo el corazón ardiente de los girondinos, y ya se veían estos en la dura alternativa de elegir entre la proscripción ó la muerte: todos sucumbieron; la tromba revolucionaria, más rápida que un caballo de carrera que siente ensangrentados los ijares, hizo pedazos ó arrojó á largas distancias todo cuanto encontró en su camino; solo la roja democracia, que iba sentada como triunfadora en las alas invisibles de aquella deshecha tempestad, fué la única que se mantuvo firme por espacio de algún tiempo cuando todo perecía: ella sola también pudo hollar *libremente* con su planta manchada de lodo y sangre las tristes ruinas de la antigua sociedad francesa, que todos habían destruido, y que aun palpitaba estremecida de horror en la última convulsión de la agonía.

Señora absoluta, de este modo, la democracia, y legisladora soberana, pudo desde entonces aplicar al gobierno de la Francia, formulándolos en leyes, sus principios filosóficos: el impuesto gradual sobre los ricos; la excepción de contribuir al mantenimiento de las cargas públicas, hecha á favor de los que tenían escasa renta; la dura obligación impuesta á los productores de vender sus artículos á los precios establecidos por el gobierno; la contribución proporcional que se llamó de los niños, y otras varias leyes establecidas por la Convención, son el resultado de teorías peligrosas que, abandonando el campo de la especulación científica, penetraron en lo íntimo de la sociedad y le hicieron pedazos las entrañas. Todas estas leyes se inspiraron en un mismo pensamiento, y todas también iban encaminadas á este mis-

mo fin: la nivelacion de la fortuna, de la propiedad y de la inteligencia.

Faltó tiempo á la democracia para terminar su obra; pero si en esta parte fué desgraciada, tuvo en cambio la fortuna de poner al alcance de todo el mundo la siguiente verdad, que no se borrará de la conciencia humana: *La última, lógica é imprescindible consecuencia de la filosofía materialista, es el socialismo democrático.*

Tal es el carácter de la democracia francesa, y tal tambien la enseñanza que proporcionó al mundo despues de tanta pasion, tanto delirio y tanto crimen.

IX.

La moderna democracia no profesa el materialismo como doctrina; importa poco, para que esto deje de ser verdad, que algunos de los individuos que pertenecen á sus filas hayan hecho alarde desde un elevado sitio de sus creencias materialistas; estas tristes manifestaciones no tienen otra importancia que la de las personas de que proceden, pero no pueden admitirse como la expresion de lo que un partido, en consecuencia de sus principios de escuela, piensa y cree en asunto de tanta gravedad y trascendencia.

La filosofía materialista, tan grosera como desconsoladora, no puede satisfacer á ninguna inteligencia elevada ni á ninguna aspiracion de verdadera ciencia, y la democracia, que se precia de cierto espiritualismo y que alimenta grandes pretensiones de científica, tiene que rechazar con precision semejante género de filosofía; para nosotros es indudable que así lo hace y que no se la puede acusar con justicia de que sea esa la fuente donde bebe sus inspiraciones: en otra parte ha ido á buscarlas.

El idealismo moderno, aun cuando no sea indígena de Alemania, ha adquirido en aquel país la plenitud de la vida y un encanto particular para todos los espíritus soñadores. La filosofía alemana tiene algo de fantástico, de vago, de seductor, como esas cenicientas nubes que, densas y oscuras cuando envuelven las montañas, se hacen más blancas, más ligeras, más diáfanas á medida que se alejan de la tierra y van á perderse en la inmensidad del espacio; por eso esta filosofía tiene tanto atractivo para muchos entendimientos, y por eso tambien, á pesar de sus errores, será difícil des-

acreditarla por completo; y sin embargo, el idealismo moderno solo tiene de espiritualista la capa superficial—si nos es permitido hablar así;—pero la última consecuencia de su metafísica es siempre triste como el excepticismo á que conduce. De todos modos, no se puede negar sin parcialidad manifiesta la ventaja inmensa que al sensualismo grosero del pasado siglo y á la poca elevacion de sus ideas lleva lo que se conoce hoy en el mundo con el nombre de filosofía alemana; hé aquí, pues, la fuente en que se inspiran los demócratas modernos, y de donde arrancan las teorías que quieren aplicar á la gobernacion de los pueblos. Esta aspiracion de la democracia es por otra parte legítima, porque, partido político, y no escuela filosófica, aplica á objetos reales, que es lo práctico, la verdad fundamental que cree haber encontrado en la especulacion científica, y saca de ella, con lógica inflexible y rigurosa, todas las consecuencias á que conduce: la razon independiente y soberana de Kant; el yo que se pone á sí mismo de Fichte; la idea, unidad absoluta de Hegel; el gérmen contenido y no causado de Krause; ese es el derecho absoluto, puramente humano de la democracia; es decir, la emancipacion completa de Dios, que es casi lo mismo que negarle; la divinizacion del hombre; el principio de causalidad arrancado en el órden moral al poder divino, eterno é inmutable, para depositarlo en la criatura, contingente, variable y perecedera. El principio fundamental de todas las escuelas alemanas es siempre el mismo, por más que se presente con distinta variedad de formas, y como es absurdo, conduce necesariamente, en la region metafísica, al panteismo idealista, y aplicado al mundo real hace al hombre, por medio de la que llaman espontaneidad humana, autor del derecho, de la moral y de la religion, incluso las profecías: de aquí nacen naturalmente los derechos individuales ilegislables, que con la armonía moral prestabilita del racionalismo armónico y la soberanía nacional, son el fundamento de todas las doctrinas de la nueva democracia. Conociendo esta que semejantes teorías no pueden en manera alguna conciliarse con los

dogmas fundamentales de la religion católica, que descansa sobre la base firmísima de la verdad revelada, ha tenido la lealtad y la franqueza de confesarlo así de una manera clara y explicita:—«No pertenecemos al mundo de la teología y de la fé; nosotros venimos del campo de la filosofía.»—Esto ha dicho el más elocuente de los oradores demócratas en un discurso que obtuvo *frenéticos* aplausos de la Cámara. Se mejante confesion, innecesaria para muchos, es, sin embargo, de bastante precio, porque á la luz que de ella se derrama se ven con toda claridad las ideas que han triunfado con la Revolucion de Setiembre, y que profesan con más ó ménos conviccion todos los que están afiliados en la misma.

X.

Conocido ya el origen de la moderna democracia, resulta natural y en armonía con él la conducta que observa dentro de la Asamblea Constituyente. No tiene todavía, es verdad, los arranques de la pasión ni el fuego del sentimiento; se presenta, por el contrario, razonadora, algo fría, discute con lógica y quiere convencer por medio del raciocinio; se dirige á los que han admitido sus principios, y les prueba con gran fuerza de dialéctica que intentan sacar de ellos consecuencias ilegítimas. Cuando se irrite por resistencias que no se pueden justificar de modo alguno, cuando la lucha tome otro carácter y la indignación haga hervir la sangre, no sabemos cuál será entonces su conducta; sea esta la que quiera, nunca con razón podrá hacerse recaer sobre ella exclusivamente la responsabilidad de los medios que empleó para conseguir el triunfo material de su política: decirle que ha tenido razón siempre, antes y ahora, proclamar y reconocer su triunfo, y, sin embargo, alejarla del poder por razones de conveniencia pública, es cosa que solo puede ocurrirse al nuevo doctrinarismo democrático, que es pura y simplemente la continuacion del anterior.

De todos modos, hay que convenir en que la democracia de España no tiene hoy los arranques de la pasión, porque no se inspira en ella; la razón, abandonada á sí misma, es decir, soberana é independiente, es quien la dirige y guía; por medios en armonía con el carácter que ahora presenta, y por consiguiente ménos violentos que los empleados por su antecesora la de Francia, ha enseñado también al mundo esta otra verdad presentida ya desde hace tiempo, á saber:

*que del panteísmo idealista nace como consecuencia lógica el individualismo de la democracia.*

Esta verdad y la enseñada por la Revolución francesa son dos resultados de una misma ecuación, planteada y resuelta por métodos distintos; de ambas expresiones surge otro problema que la soberanía nacional está encargada de resolver en día no muy lejano, y cuya fórmula de solución puede darse anticipadamente en estas pocas palabras: *la última consecuencia práctica y legítima de toda filosofía racionalista es el comunismo en el orden físico y moral.*

Tal es el término fatal á que la democracia se dirige, acaso sin quererlo; el partido liberal, en toda la variedad de sus matices, muerto moralmente, despues que su hija legítima ha entrado en el tiempo de la virilidad, solo le podrá oponer, para cerrarle el paso, el obstáculo de su cadáver atravesado en el camino que la democracia recorre triunfalmente; pero esta, soberbia y despiadada como Tulia, la hija del rey Servio, lo hará pedazos con las ruedas de su carro, sin reparar que es el de su padre, y será la señora de España, como aquella lo fué de Roma.

En busca de este brillante porvenir, el partido democrático se retiró al Aventino cuando estuvo seguro de que la semilla de su doctrina, no solo había germinado, sino que estaba próxima á dar fruto; allí tenía la convicción de que irían á reunirse en breve plazo todos los impacientes y descontentos; así, en efecto, sucedió, y ya se sabe que el partido progresista llegó primero, y poco despues la union liberal, tercera persona de esta trinidad revolucionaria.



que del partido liberal como consecuencia lógica de la revolución de la democracia.

Esta verdad y la esencia por la revolución francesa son los resultados de una misma educación, planteada y vivida por métodos distintos de ambas épocas, pero el problema que la sociedad actual encierra de no volver en ella no muy lejos, y cuya fórmula de solución puede darse anticipadamente en estas pocas palabras: la última consecuencia práctica y política de toda revolución

XI.

La reconciliación de estos tres partidos debió de ser una escena en extremo interesante y tierna; nadie podría ver sin conmoverse á los redactores de *El Diario Español*, que, según la frase gráfica de *La Iberia*, escribían *con pluma de ganso mojada en la baba de perro rabioso*, abrazar con efusión á los escritores de este último periódico, y en vez de arrancarles *ojo por ojo y diente por diente* con lo que poco antes les amenazaban, pasarles con mucha suavidad su honrada mano por la cara. En rigor, las diferencias entre unos y otros eran insignificantes, y bien podían abrazarse estrechamente sin escrúpulo de conciencia; por esta razón se entendieron con mucha facilidad, y todas las dificultades se allanaron. La union liberal y el partido progresista debieron al fin convenir en que era inútil cuestionar sobre principios que no tenían, y en que llegado el momento de la deseada inteligencia, para que esta fuera completa, solo faltaba arreglar la manera de que la repartición entre ellos del poder y los destinos públicos se hiciera con igualdad y justicia; por lo demás, obligados como estaban á confundirse en un solo partido con la democracia, esta debía ser la encargada de dar el programa en que estuvieran consignados los principios con que se había de gobernar el país, después que se consiguiera el triunfo; programa que, en efecto, dió la democracia, copiándolo literalmente del que *La Discusion* publicaba todos los días á la cabeza del periódico.

En cuanto á los medios de que la rebelion triunfara, la union liberal afirmó con la mayor reserva que los tenía de





éxito seguro, y tan nuevos y tan honrados que todos habian de experimentar la más agradable y extraordinaria sorpresa. Si así no lo dijo, por desgracia es muy cierto que lo cumplió; y en prueba de ello el dia 18 de Setiembre de 1868 las amargas aguas de la bahía de Cádiz presenciaron con cruel indiferencia la traicion más baja y más imbécil que registra la historia de todos los pueblos.

España no tuvo noticia de la importancia y los detalles del suceso hasta que pasaron algunos dias, y aun estaba bajo la impresion de su asombro, cuando supo que un ejército rebelde, que no habia vencido en Alcolea, entraba en Madrid coronado con el laurel de la victoria. La Revolucion triunfante levantó entonces su deforme cabeza en toda la antigua monarquía, y fué desde aquel momento dueña de sus destinos.

Para comprender bien el gran castigo que es para nuestro país eso que llaman sus partidarios la gloriosa Revolucion de Setiembre, es preciso observar los puntos de semejanza que tiene con el que Dios mandó siglos atrás á nuestros antecesores. Las causas que produjeron el castigo de la España goda se parecen mucho á las que han ocasionado el actual, y aun cuando no fuera más que por esta razon de analogía, tendríamos motivos para esperar que el resultado de uno y otro sea tambien el mismo en cuanto las diferencias del tiempo lo permitan; estos dos sucesos presentan un parecido casi completo, segun lo vamos á ver, y debe fijarse sobre ello la atencion de todos.

## XII.

Observando atentamente la Revolucion de Setiembre, se nota con sorpresa que hay entre ella y la gran desgracia que sufrió España á principios del siglo VIII un parecido casi completo en el conjunto y en los detalles, en el fondo y en la forma.

En el tiempo á que nos referimos, nuestro infeliz país fué vendido traidoramente á los moros. En el mes de Setiembre ha sido entregado del mismo modo á los protestantes; ambas sectas son igualmente enemigas de la religion verdadera.

Para aquella negra y maldecida traicion, hubo un conde D. Julian: para esta, otro desdichado personaje que es una reproduccion del anterior.

En la época lejana de aquel suceso, vivia un príncipe envidioso y ruin, ligado á la persona reinante por el doble lazo de la gratitud y del parentesco; este príncipe, que codiciaba el trono de los godos, olvidó por alcanzarle las nociones más elementales de la honra; ahogó en su pecho el grito de la conciencia, y fué el amparo y el protector de los traidores que vendieron á su patria. Los que fueron rebeldes en Setiembre, contaron tambien y cuentan hoy con el decidido apoyo de otro príncipe de real estirpe que tiene las mismas cualidades morales, las mismas condiciones de hidalguía y los mismos nobles deseos de su predecesor ilustre.

Las huestes invasoras de entonces encontraron abiertas por la traicion las puertas de una plaza situada en el extremo occidental de España: la ciudad de Cádiz, última que

ve ponerse el sol en nuestra patria, ha sido ahora la encargada de imitarla.

El ejército real marchó en aquel tiempo hácia Andalucía, é igual camino siguió en el mes de Setiembre del 68 el que iba al mando del noble y leal caballero D. Manuel de Pavía y Laci.

La altiva dinastía goda tuvo entonces su tristísima batalla del Guadalete: la legítima de Borbon ha tenido también la poco ménos triste de Alcolea.

Un solo hecho de armas decidió en aquella remota época de la suerte de la patria: lo mismo exactamente es lo acontecido ahora.

Queda por lo tanto bien demostrada la semejanza que existe entre ambos acontecimientos; las solas diferencias que pueden notarse y que vamos á señalar, reconocen por única causa el mejoramiento progresivo de las razas. Veámoslo: el conde D. Julian del siglo VIII tenia una injuria que satisfacer; el dolor de la afrenta recibida enloqueció su razon, y ciego de vergüenza y cólera buscó con ánsia la venganza, que encontró al fin por los reprobados medios que han cubierto de baldon su nombre: el del siglo XIX no tenia nada que vengar, á no ser las consideraciones inmerecidas con que lo habia distinguido su soberana; y á nadie debe quedarle de esto duda, porque él mismo lo ha declarado así de la manera más pública y solemne. Resulta, pues, que el nuevo conde D. Julian obró con completa calma, pesó friamente en la balanza de su ambicion las ventajas y los inconvenientes de su rebeldía, y fué traidor con pleno conocimiento de causa.

El príncipe godo de aquellos tiempos, á pesar de pertenecer al estado eclesiástico, peleó con valor en el ejército real, y en lo más rudo de la batalla se pasó al campo enemigo para combatir en él y alcanzar á los traidores la victoria: el ilustre príncipe de esta época, honra extranjera de la España regenerada, sin embargo de ser capitán general con sueldo, se mantuvo espectador pasivo de la lucha armada, y durante ella solo tuvo el cargo de proveedor en metáli-

co del ejército que se llamó popular. No seríamos justos dejando de consignar un hecho de este ilustre príncipe que lo pone á cubierto de cierto género de sospechas, todavía más que el tiro escapado de su mano fratricida, que acabó los días de una persona por muchas razones desdichada. El hecho á que nos referimos es el siguiente: tenia lugar en Cádiz una sangrienta lucha; lo supo el príncipe, y sin tener en cuenta otra cosa que los nobles arranques de su corazón generoso, se trasladó inmediatamente á un punto próximo al teatro de los sucesos, y desde allí ofreció al gobierno el apoyo de su brazo y sus populares servicios; felizmente supo á tiempo que los que se alzaban en armas en la antigua capital fenicia no lo hacian por la religion católica, ni la reina de este nombre, y entonces, no teniendo enemigos á quienes combatir, volvió apresuradamente á Portugal y dejó descansar su espada, que por lo casta es honrada, tranquilamente en el cinto.

Otra diferencia nos queda que señalar; cuando en la corte de Toledo se tuvo noticia de la rota de Tarifa, el monarca godo de aquellos oscuros tiempos sacudió la indolente pereza que lo abrumaba, se indignó de la audacia de los rebeldes, la noble y feroz sangre de Alarico hirvió en su pecho, y trocando la seda por el hierro, fué con ejército formidable á cerrar el paso á los traidores; y en el primer encuentro, diezmando él solo las filas enemigas, buscó con valor la muerte por no sobrevivir á la ignominia. Cuando se supo en la corte de Madrid el éxito dudoso de la batalla de Alcolea, el ministro-rey de estos felices tiempos, que estaba investido de facultades dictatoriales y tenia á su cargo la honra y la guarda de la monarquía, dió inmediatamente orden, que el rayo se encargó de transmitir, de franquear el paso al ejército traidor; y esta disposicion fué la única que le inspiró en aquellas graves circunstancias su ría sangre de previsor mercader.

¡Hay que ocultar el rostro de vergüenza por no ver tanta degradacion y tanta ignominia!

La triste historia que acabamos de recordar y que tanto se parece á la Revolucion de Setiembre, puede servirnos á la vez de ejemplo y de enseñanza.

El castigo grande, pero justo y merecido, que sufrió la España goda, fué causa de que viniera despues una época de prosperidad y de grandeza. La desgracia, en vez de abatir los ánimos, sirvió para unir todos los españoles que no estaban envilecidos en un mismo pensamiento, y para probar al mundo lo que puede un reducido número cuando se inspira en el amor de la religion y de la patria y tiene el valor héroeico de sacrificarlo todo por ellas; tambien aquel acontecimiento enseñó que la flaca razon del hombre se engaña en muchas ocasiones, cuando le parece distinguir con claridad el punto á que se dirigen los que, creyendo servir una causa propia, son únicamente ejecutores de ocultos designios de la Providencia. Los árabes invasores pensaron, sin duda, cuando se hicieron dueños de España, que Dios favorecia definitivamente la causa del islamismo, y que la religion del Crucificado entraba en el ocaso de su vida; la Europa, amenazada desde Oriente por los bárbaros hijos de Sem, tembló de espanto al saber la invasion del Mediodia, y que la España cristiana habia perecido anegada en la sangre de sus hijos; el mundo creyó entonces que el reloj de la Providencia marcaba la hora fatal en que la raza de Jafet, siempre señora, iba á tornarse en esclava. Todos, sin embargo, se engañaron; los árabes conquistadores sirvieron la santa causa del Dios verdadero, matando en España el espíritu de rebeldía contra la Iglesia que tanto fomentó Witiza; el ruido de

sus armas invasoras despertó al pueblo español, que dormitaba en vida afeminada y muelle, empuñó entonces con vigor las suyas y peleó con tenaz empeño por su fé, por su patria y por su rey.

De aquella profunda caída se levantó triste y severa, pero noble y grande, la nacion que andando el tiempo habia de obligar al sol á estar perpétuamente sobre su horizonte; la Europa tuvo en ella, durante la Edad media, una muralla de hierro que la puso al abrigo de la invasion mahometana, y la Iglesia universal la contempló en el siglo xvi como el más firme y seguro apoyo de su causa: España fué entonces la roca de duro pórvido donde se estrellaron, sin penetrar, las olas invasoras de la reforma protestante. Es, pues, indudable que de las ruinas de la antigua España, sobre las que ondeó orgullosa y amenazadora la bandera sagrada del falso Profeta, se alzó la nueva, que ha sido hasta estos malhadados tiempos el baluarte de la religion católica y el brazo derecho de la cristiandad. Hé ahí, pues, el ejemplo y la enseñanza que no debian olvidarse un solo instante en las actuales circunstancias.

#### XIV.

Una prueba más—y reciente—de la verdad que antes hemos dicho, respecto á que los hombres que impulsan y dirigen las Revoluciones y los grandes acontecimientos son solo instrumentos ciegos de la Providencia, que se sirve de ellos para que cumplan sus altos fines, es indudablemente la misma Revolucion de Setiembre. Sus propios autores la juzgan ya con dos criterios, y por cierto bien distintos: creen los unos que solo ha tenido por objeto arrojar del trono á doña Isabel II, que habia cometido la grave falta de no elegir siempre á gusto de ellos sus ministros responsables y de reivindicar no sabemos qué clase de prácticas constitucionales que suponen arbitrariamente infringidas. Para estos la Revolucion de Setiembre no significa otra cosa que la vuelta al régimen parlamentario, practicado, dicen, con sinceridad por otros hombres—que son ellos mismos—y por un rey más de su gusto. El grupo que así piensa está compuesto de positivistas teóricos y prácticos en varios grados y matices; todos creen que la declaracion de los derechos individuales tiene poquísima importancia, y que legislando sobre su ejercicio se les quitará la crudeza con que ha querido presentarlos la democracia. Respecto de la cuestion religiosa, lo esencial para ellos era deprimir y menospreciar á la que llaman gente clerical; y tal es en su concepto lo que únicamente se ha hecho. Más allá de estas cosas, su vista de águila solo distingue el presupuesto de tres mil millones, Dios verdadero del panteísmo liberal y única sustancia que comprenden.

Otros creen que la Revolucion significa el triunfo de la idea nueva sobre lo que llaman viejas preocupaciones de la España antigua; es decir, la libertad sobre la autoridad; la filosofía sobre la fé; la verdad adquirida por la razon emancipada del hombre sobre la que conocemos por revelacion divina; la moral universal indefinida y vaga sobre la moral católica escrita, precisa y clara. Este grupo lo forman los demócratas y todos aquellos que, tomando parte en el movimiento intelectual que agita hoy al mundo, rinden culto á una falsa ciencia que en paises más adelantados hace ya tiempo que se bate en retirada.

El modo distinto de ver una misma cosa, por más que sea extraño, tiene en esta ocasion el fundamento de hechos innegables: los primeros crean otra vez la monarquía con todos los vicios del parlamentarismo y la levantan sobre una Constitucion que, en lo que respecta á la forma de gobierno y á todo el mecanismo político, es copia más ó ménos fiel, pero al fin copia y nada más, de todas las Constituciones que se informan en el espíritu del doctrinarismo liberal; creen por lo mismo que tienen razon y que los resultados justifican su particular criterio.

Los otros, que ven admitidos sus principios fundamentales sin que se les combata en la esencia, rota la unidad católica, establecido el sufragio universal y proclamadas las libertades absolutas, creen con mejor razon que el triunfo moral les pertenece, y que pasará poco tiempo sin que lo obtengan realmente y con todas sus consecuencias.

Para nosotros es indudable que todos se engañan, y que aquí se presenta una cuestion que el jefe de los racionalistas modernos llamaria, sin duda alguna, de estética trascendental: eso que se ve, diria el filósofo aleman en su modo particular de discurrir, es el *fenómeno* de la cosa; es decir, algo que aparece, pero no lo que es; el *nou menos*, ó por otro nombre, la realidad, es indudablemente distinta. Por esta vez el filósofo de Koenisberg tendria razon; lo que se ve en la Revolucion de Setiembre, no es lo que en ella hay de real y de positivo; el restablecimiento de la monarquía parlamentaria



levantada sobre una Constitucion híbrida, es muy mezquina y pequeña cosa para resultado final de una Revolucion; el triunfo de la idea nueva sobre la verdad católica solo puede ocurrir en la apariencia, y aun así por breve plazo. No siendo, pues, ninguna de estas dos cosas que se ven, el significado real de la Revolucion de Setiembre, preciso es investigar cuál sea este, y tambien el punto á que la Providencia probablemente la dirige por rumbos extraños y desconocidos.

Vamos, por consiguiente, á descifrar este doble enigma, entrando para ello en cierto género de previas reflexiones.



## XV.

La naturaleza moral, del mismo modo que la física, están gobernadas por leyes inmutables, y entre una y otra existen íntimas afinidades y misteriosas analogías: el fuego de las Revoluciones es como el del rayo, mata y destruye, pero purifica; cuando Dios en su justicia suprema consiente que el orden moral se perturbe, y envía á los pueblos el castigo de la tempestad revolucionaria para hacerles conocer sus faltas, ese castigo lleva en sí mismo el remedio de los males que sufre la sociedad perturbada.

Algunas veces el viento sopla con aterradora fuerza; los más firmes y corpulentos árboles, violentamente sacudidos, doblan, si no se rompen, sus altas ramas, que se inclinan á la tierra como buscando en ella el consuelo de su angustia; las nubes en rápido y continuo movimiento se amontonan en el horizonte; la electricidad centellea; la naturaleza aterrada deja escapar de sus entrañas ruidos siniestros que parecen el grito de su espanto; la luz del sol palidece ante el espectáculo de la tempestad, y el pecho del hombre que la ve se oprime de tristeza al contemplar su marcha rápida y devastadora. Pues bien, todo esto que en ocasiones ocurre y que parece una desgracia, ¿sabeis la razon por qué sucede? Pues sucede porque la atmósfera ha perdido sus condiciones naturales, porque el exceso de calor ó lo bajo de la temperatura han ocasionado un vacío perjudicial para la vida, y el aire con su actividad invasora se precipita para llenarlo; el fuerte empuje de sus capas que se chocan engendra el huracan, y la tempestad se desencadena para restablecer el equilibrio que se habia perdido; es decir, que lo que el hom-

bre generalmente considera como una gran desgracia, es, sin embargo, el único remedio de un mal que, si no se atajara pronto, produciría en nuestro organismo las más deplorables consecuencias.

La atmósfera moral tiene también sus vacíos y sus tempestades, que guardan entre sí la misma correspondencia. El espíritu como el pecho necesita aire que esté cargado de oxígeno; es decir, necesita de un elemento vivificador, sin el cual es imposible su existencia. El oxígeno para el espíritu es la verdad; suprimidla ó viciadla, y la más noble parte de nuestro ser muere de asfixia ó siente un malestar profundo que si se prolonga mucho tiempo conduce siempre á fatales resultados; y sin embargo, ¡triste condicion! la atmósfera en que el espíritu vive, rara vez está pura: hay un poder terrible y misterioso cuyo constante esfuerzo se dirige á emponzoñarla, y pocas veces deja de conseguir su objeto. En ocasiones la verdad se hace más rara; entre ella y el espíritu, que con afán la desea, se interpone el error, sombrío como esas nieblas que no dejan pasar la luz del sol. El mal-estar moral aumenta entonces; la respiración difícil y cansada de la sociedad en su conjunto es el fenómeno morboso que manifiesta el grave mal que la devora; inquieta por el ardor de la calentura, se agita con movimiento febril y busca delirante el reposo que no encuentra. En estos momentos surgen siempre las Revoluciones—que son las tempestades morales—y que presentan formas distintas según los tiempos y las circunstancias. No creáis que sean ciegas, aun cuando muchas veces lo parezcan; dirigidas por la Providencia, su objeto es constantemente el del aire que se agita: llenar un vacío y restablecer el equilibrio. Ellas no saben dónde van, pero eso no importa; sin conciencia de lo que significan ni de lo que son, cumplen su destino y contribuyen á la eterna ley de la armonía. Los pueblos las consideran siempre como un castigo y un azote; nunca dejan de serlo, pero merecido en todas ocasiones, y produciendo en último término un beneficio que solo á Dios le es dado dispensar.

En ningún tiempo la atmósfera moral estuvo tan tenaz-

mente viciada como lo está ahora, ni se sintió tan general deseo de que estalle la tempestad que limpia y purifica; esta indudablemente se aproxima; la Revolucion que principió en Setiembre fué solo la nube precursora y una de las varias señales que la anuncian; pronto se desencadenará con toda la fuerza de sus horrores y destruirá el fatal veneno que se mezcla con el aire y que es causa de esta vida que llevamos de pesadez angustiosa.

Es necesario conocer el origen de este veneno que se respira y la índole de su composicion, para que se comprenda bien todo el daño que ocasiona y la necesidad que hay de hacerlo desaparecer, único medio de poder atajar sus desastrosos efectos; ambas cosas trataremos de demostrar, pero como el mal tiene una larga historia, es preciso empezar esta tomándola de muy atrás.

## XVI.

Desde que el hombre existe, siente los efectos del ódio de un enemigo preexistente, tenaz y poderoso que lo ha empujado y lo empuja con incesante afán hácia el camino de la perdición y la desdicha; por él, el primer hombre, dejando penetrar en su alma el veneno de pérfidos consejos, intentó alcanzar el don de la sabiduría infinita; y cuando creyó que la luz de su inteligencia iba á iluminarlo todo, adquirió el amargo desengaño de que solo había hecho la triste conquista del dolor y de las lágrimas: ¡fatal presente que legó á toda su posteridad como recuerdo eterno de su rebelion y su castigo! Desde entonces el humano linaje sufre y llora, y caido de inmensa altura, el hombre se encontró en un mundo nuevo, en el que la lucha consigo mismo fué condicion inseparable de su existencia; para vencer en esta lucha perpétua necesita conservar en la memoria y en la conciencia los preceptos de la ley moral, que Dios reveló al progenitor del género humano y que forman el complemento de la naturaleza racional creada: la observancia de estos preceptos es por otra parte el único medio de poder alcanzar la dicha efímera que nos es dado gozar en el tránsito por esta vida.

A oscurecer la luz que nace de la verdad revelada, á envolverla en las sombras del error, á descomponerla cuando no puede ser otra cosa, se dirigen los constantes esfuerzos del eterno enemigo del hombre; estos esfuerzos infernales, por desgracia casi siempre alcanzan éxito. Hay en la naturaleza humana una tendencia marcada á satisfacer los sentidos, y todo cuanto halaga este deseo encuentra fácil entrada en el débil corazón del hombre; por eso [hasta el pueblo elegido

de Dios, en el que se conservaba pura la revelacion primitiva, se apartó con frecuencia de ella; la olvidó, rindió culto á la materia y adoró los ídolos de Baal. La voz elocuente de los profetas recordaba en estas ocasiones al pueblo de Israel la verdad revelada por Dios, condenaba los errores y los vicios de que se hallaban poseidos y les amenazaba con la cólera del Señor; la palabra sublime de estos elegidos penetraba entonces en el espíritu de los rebeldes como el remordimiento en la conciencia culpable, y aquel pueblo ingrato y prevaricador volvía triste y avergonzado de sí mismo al camino de la salvacion; pero ni este recuerdo de la verdad santa, ni el cuadro sombrío y aterrador, pintado con diestra mano, del término á que se dirigian, ni los continuos prodigios con que Dios se les manifestaba, bastaron en ocasiones á contener el ímpetu ciego de la pasion desbordada, el deseo vivo y ardiente de los goces de la carne: muchas veces cayeron, y ningun pueblo de la tierra presenta como el judío en toda su historia la prueba de la lucha sin fin que existe entre el espíritu y la materia; entre la verdad y el error; entre la luz y la sombra.

## XVII.

No es extraño, por lo mismo, que las sociedades paganas que no tuvieron ningun preservativo, sucumbieran completamente en la lucha: olvidadas casi del todo de la verdad primitiva, si alguna reminiscencia de ella se conservó en sus extrañas theogonías ó en sus libros de moral fué tan vaga, tan confusa, habia perdido tanto de su resplandor primero, que solo pudo servir entonces, como sirve hoy, para probar todavía más el comun origen del género humano.

Los pueblos paganos que tuvieron necesidad de un Dios y que habian olvidado el verdadero, adoraron la naturaleza, y aquel antropomorfismo, unas veces sombrío y otras riente, se manifestó en cada pueblo segun la índole particular de su carácter. La filosofía, la literatura y el arte fueron entonces, como lo son siempre, la más alta expresion del estado moral de los pueblos cultos de aquella época: en esta triple manifestacion del entendimiento humano se marcó allí con precision matemática toda la altura que puede alcanzar un pueblo en el órden intelectual y moral, si en el camino que recorre no penetra un rayo de la luz divina. La filosofía, discreta y sábia cuando aplicaba su actividad al estudio de las ciencias naturales ó á resolver los más trascendentales problemas de las ciencias matemáticas, caia en lamentables errores ó se perdia en abstracciones sin resultado al querer penetrar, alumbrada por la sola luz de la razon, el misterio que envuelve el origen del mundo, el destino del hombre y la existencia de Dios. Aquella filosofía, como todas las racionalistas, es semejante al condor, que se eleva en atrevido y elegante vuelo más allá de la region de



las nubes, y ve la tierra desde un punto en que la domina toda; pero si soberbio por la envidiable dicha de llegar tan alto traspasa el límite que la naturaleza le impuso, se encuentra en una atmósfera enrarecida y fría, el aire que penetra en sus pulmones solo sirve para ahogarle, y perdido en el vacío, da vueltas sobre sí mismo en rápido y desordenado movimiento, sus alas se extienden con desesperado esfuerzo para mantenerse á flote, y al fin, plegadas tristemente, se precipita y cae. Si; la filosofía racionalista, cuando quiere remontar mucho su vuelo, siempre cae.

La literatura y el arte fueron exclusivamente plásticos; su inimitable belleza, tan admirada y tan admirable, nada dice al espíritu. Los dioses de Homero, que despues inspiraron los de Fidias, no despiertan en el alma el pensamiento de la eternidad; la idea de lo infinito se perdió en el rudo y encontrado choque de las pasiones del mundo: el horizonte intelectual se cerraba en el límite puesto á los sentidos, y el pensamiento y los ojos, siempre fijos en la tierra, fueron completamente indiferentes y extraños á los encantos del cielo. Satanás, al correr un velo espeso entre la revelacion divina y las sociedades paganas, no tuvo necesidad de ningun otro esfuerzo para perderlas. Abandonadas á sí mismas, se las ve caer en todos los errores y en todas las degradaciones: en Oriente la persona no es nada y las castas lo son todo; allí los pueblos se doblan con servilismo humillante bajo la férrea y caprichosa mano de los déspotas, y el hombre en sus infortunios y en sus dolores es maldecido y despreciado por todos, y encuentra ménos consideracion y ménos misericordia que el último de los animales. En Grecia y Roma, donde se respira á intervalos el áura de la libertad, la depravacion no tiene freno; y el valor heróico, y los nobles sentimientos, y la dignidad altiva que tanto nos admiran en esos pueblos, son cualidades que solo brillan en la próspera fortuna; pero cuando llega la hora triste de la esclavitud de la patria repugna ver convertidos aquellos héroes en los más abyectos y despreciables séres. En Asia, en Europa, en Africa, en to-





das partes solo hay reconocido un derecho como legitimo y santo: el del más fuerte. La mujer es tratada como un sér intermedio entre el racional y el bruto, y las dos terceras partes de los hombres, esclavos de la cadena y del trabajo, proporcionan á costa de sudor continuo y de regueros de sangre medios con que satisfagan su fastuoso sensualismo los poderosos de la tierra. El cuadro que presentan aquellas edades no puede ser más desconsolador; Satanás triunfante debió experimentar gran complacencia al ver la humanidad caida arrastrarse manchada por el suelo sin medios ni deseo de rehabilitacion; él reinaba y el mundo se perdia. Dios tuvo entonces, como siempre, misericordia del hombre, y lo levantó de su degradacion profunda: para esto llegó la plenitud del tiempo y las predicciones se cumplieron.

## XVIII.

Un día desde el monte de Bethsaida, el Dios-Hombre admiró al género humano con la nueva y sublime doctrina que explicaba su divina boca: todas las tiranías, todas las injusticias, todos los abusos de poder y fuerza fueron allí condenados con elocuencia sencilla y encantadora; el hierro que sujeta á los esclavos quedó desde entonces moralmente roto; todos fueron iguales en su amor y en su justicia, y al anuncio de que iba á derramar su sangre purísima para redimir de la culpa original lo mismo al sábio que al ignorante, al poderoso que al humilde, al justo que al pecador, al hombre que á la mujer, el suave calor de la esperanza reanimó los más lacerados corazones. El hombre entraba en una nueva vida: dominada la materia, iba á comenzar el reinado del espíritu. La verdad, que salía á raudales de los divinos lábios, se esparció rápidamente por el mundo, y como el éter de la luz llenó hasta los espacios insondables.

Doce hombres oscuros de Galilea grabaron en su espíritu aquellas verdades, que no escribió la excelsa mano, y las consignaron en los Santos Evangelios; el pescador de Genesaret, cumpliendo la mision que habia recibido del Divino Maestro, estableció en Jerusalem y trasladó despues á Antioquía el centro de la Iglesia universal; allí se definió el dogma, allí se formó el foco de eterna luz que habia de derramar sus puros y claros rayos sobre toda la redondez de la tierra. Poseedora de la verdad la Iglesia, lo que dijo entonces eso repite hoy, despues de diez y nueve siglos. Ya no es posible que caiga en el error ni en la desesperacion el hombre que tiene la dicha de creer: para preservarse del pri-

mero cuenta con la infalibilidad de la Iglesia; para no caer en la segunda, Dios le ha dado la gracia por medio de la cual en todas ocasiones puede salvarse. Ahora los dolores purifican; el infortunio que hace palidecer la frente no arranca la esperanza del fondo del corazón; las grandes amarguras de la vida, en vez de ser objeto de desprecio, honran al que las sufre con noble dignidad y resignación humilde. Los que padecen, los que lloran, los que llevan clavada en el alma la espina del desengaño son bienaventurados y felices, porque á ellos los primeros les está prometida la dicha eterna.

La Iglesia católica tiene consuelos para todas las aflicciones y luz para disipar todas las sombras: desde el momento en que apareció en el mundo, Satanás sintió romperse en sus crispadas manos el cetro infame con que había avasallado el imperio de los gentiles; volver á arrojar al hombre en el cieno del paganismo, parece ser desde entonces el ardiente deseo de su envidia nunca satisfecha; vencido, pero no cansado, sostiene para conseguir su objeto una tremenda lucha contra la Iglesia de Dios, que es por su parte desesperada y á muerte.

La historia de todas las herejías es asimismo la historia de sus incompletos triunfos: estos no le parecieron bastantes; ni aun el último que alcanzó con el cisma de Lutero pudo satisfacer su afán, siempre en aumento, de derramar en el espíritu del hombre la duda, la confusión y la muerte. Este cisma, como todos los anteriores, solo pudo servir á medias su deseo: la reforma protestante, grosera y escandalosa, como el repugnante fraile que la provocó, causa dolor á la Iglesia, porque pierde muchas almas; pero en vez de hacerla daño del modo que se deseaba, ha servido, por el contrario, para que brille su sabiduría con luz más viva, para que aparezca más grande, para que se estreche todavía más el lazo de amor que la une con sus verdaderos hijos. La herejía descarada que apareció ya en tiempo de los apóstoles y que sin cesar se reproduce, hace muchos siglos que no ofrece novedad: es siempre la reproducción de antiguos

errores, á los que se conoce bien, á pesar de los nuevos trajes con que la malicia los viste. Condenados repetidas veces por el que ha recibido de lo alto potestad de hacerlo y está asistido del Espíritu-Santo, quien, á pesar de todo, los acepta, es pura y simplemente porque quiere: en tanto que el agua que procede del manantial inextinguible en que se encuentra la verdad sea conocida y esté al alcance de todos, no hay motivo para beber de la que está emponzoñada; el turbio color de sus cristales es en esta indicio cierto de que ha perdido la pureza, y por más que la ofrezcan en copa de seductora hermosura, quien no quiere envenenarse aparta de ella los labios con repugnancia, y arroja al suelo con desden lo mismo el líquido que el vaso que lo contiene. Esto es precisamente lo que hace el mayor número con semejante clase de errores, y por la misma razon Satanás no pudo satisfacerse con los triunfos alcanzados hasta el siglo xvi: era, por consiguiente, necesario hacer un supremo esfuerzo que diera por resultado la confusion de lo que es puro con lo que contiene el veneno; era preciso falsificar el agua cristalina y trasparente, que lleva en sus limpias ondas la esperanza, la salud y la vida; era absolutamente necesario falsearlo todo, envenenarlo todo: amasar el error con la verdad, y presentarlos de tal manera confundidos, que fuera casi imposible distinguirlos, porque de este modo pocos serian los que dejaran de tragar la pócima. Pues bien, este esfuerzo se hizo: el soberano rey de las tinieblas, concentrado dentro de sí mismo, buscó en su espíritu con atencion profunda la idea infernal que habia de proporcionarle medio de realizar el inicuo deseo acariciado desde tanto tiempo; por fin la vió con toda claridad á la roja luz de su inteligencia poderosa, y la vió para desgracia del mundo; la extraña tinta de alegría pintada por tan gran satisfaccion en su rostro de fatal belleza, nubló tristemente el de los ángeles, que han recibido de Dios el noble encargo de velar por la dicha y la tranquilidad de los hombres.

## XIX.

Satanás, para dar forma á su flamante idea, se apoderó del espíritu de un hombre y le inspiró un libro; este hombre, que tenia gran talento, vasta y sólida instruccion, perseverancia laboriosa, estilo fácil y elegante y cuantas cualidades se necesitan para formar un escritor de primer orden, necesitó veinte años de trabajo asídúo para escribirlo y desleir en centenares de páginas el veneno que puede concentrarse en unos cuantos renglones.

En vano fué después que, agitada la conciencia del autor por las doctrinas expuestas, buscara en la aprobacion de ellas por la Iglesia la tranquilidad que habia perdido, y que con objeto de alcanzarla hiciera la declaracion terminante de que sometia su libro al juicio infalible de la Santa Sede; sus herederos no hicieron caso de semejante declaracion. En vano tambien que el Pontífice Urbano VIII prohibiera á los editores imprimirlo hasta que fuera examinado y obtuvieran el necesario permiso; que recordara á la Universidad de Lovaina—protectora hipócrita de la obra—el deber de la obediencia y la obligacion que tenia de conocer y acatar lo dispuesto en Bulas pontificias; todo fué inútil: la pócima estaba compuesta y era necesario que surtiera todos sus efectos, y ciertamente los surtió.

Jamás herejia alguna produjo tanta perturbacion en el seno de la Iglesia, ni fué causa de tan profundo daño; sus defensores no se declararon abiertamente contrarios á la autoridad del Pontífice; pero empeñados en sostener la verdad de doctrinas heréticas, repetidas veces condenadas, apelaron á distingos tan particulares, se valieron de argumentos tan

sutiles, buscaron un *medio término* tan extraño, que es indudable que ellos crearon la primer escuela doctrinaria, la más original y la más funesta del mundo. Esta escuela nació para defender y propagar el error teológico, de cierto modo presentado; y sus adeptos, cubriéndose con la máscara de la moderacion, y afectando vivísimo interés por la Iglesia que vendian, no tuvieron otro objeto que el de reformarla segun convenia á sus implacables ódios y á sus propios intereses.

Por lo que hemos dicho se habrá comprendido fácilmente que el libro á que nos referimos se llama el *Augustinus*, escrito por Cornelio Jansenio. Si el obispo de Ipres no fué doctrinario, porque tenia demasiado talento para serlo, es indudable que, segun el deseo de Satanás, engendró en sus discípulos los jansenistas, por medio de su funesto libro, el fatal doctrinarismo, Proteo de nueva especie que, adaptándose á todas las formas y vistiéndose todos los trajes, habia de ejercer tan grande y tan deplorable influencia en las modernas sociedades, y más especialmente en las naciones latinas.

¿Sabeis lo que es el doctrinarismo? ¿Os habeis detenido alguna vez á reflexionar todo lo que se encierra de funesto en esa palabra?

¿Habeis penetrado con espíritu investigador en el secreto de su estructura y sorprendido lo íntimo de su composición?

Pues si esto habeis hecho, habeis adquirido el convencimiento de que no hay nada en el mundo tan perjudicial ni tan repulsivo para las naturalezas nobles.

Nosotros, á pesar de creer que hay ya mucha gente que lo conoce, vamos á presentarlo tal como lo comprendemos.

El doctrinarismo, en el fondo y en toda la variedad de sus formas, es siempre el racionalismo hipócrita y vergonzante; en su manifestacion teológica no acepta con franqueza el principio del libre exámen, porque tiene miedo de sus consecuencias, pero tampoco cree por completo y sin reserva en la autoridad de la Iglesia, porque la soberbia no lo deja. Siente vergüenza de llamarse protestante, y no tiene la virtud de ser católico: colocado en esta posicion de difícil equilibrio, la conserva, no habiendo reparado para ello en apelar á toda clase de recursos; ha hecho trabajos de zapa con el solo fin de desprestigiar el principio de autoridad en su representacion más alta; ha fomentado por medios indirectos, pero seguros, la incredulidad, auxiliar poderoso de que necesita; se ha valido de la sátira para desacreditar instituciones que no se atreve á combatir de frente; ha falseado la historia, ha desfigurado los hechos, ha interpretado de una manera completamente arbitraria la doctrina de los Padres de la Iglesia, especialmente la de los que vivieron en los primeros siglos. Falsario y calumniador, nada ha respetado; ni siquiera el órden sobrenatural, puesto por Dios fuera del al-

cance de la inteligencia humana; por esta razon ha hecho milagros de comedia, importándosele poco lo que con ellos perjudicaba el prestigio de los que han ocurrido real y verdaderamente.

Él, el doctrinarismo teológico, es el primero que llamó intransigentes y exagerados á los que creen que entre la verdad y el error no cabe término medio; él ha señalado con el dedo, como si fueran objeto de ridículo y de burla, á los que, firmes en la fé, humillan su inteligencia ante el representante en la tierra de la inteligencia divina; y él tambien, diciéndose católico, da la razon con su conducta á los que sostienen que no hay en el mundo un criterio seguro é infalible de verdad.

En el fondo, su doctrina no puede ser más desconsoladora; el hombre, dice, necesita absolutamente de la gracia para hacer buenas obras y poder salvarse, pero Dios la niega en la mayor parte de las ocasiones; es decir, que, segun esta teoría, cuando el hombre se aparta del camino recto y sigue las inspiraciones de la pasion, ó se entrega á los excesos del vicio, lo hace fatalmente impulsado por una fuerza superior, á la que no tiene medios de resistir; es decir, que, segun esto, el hombre no puede ni debe ser responsable de sus actos, y si, á pesar de todo, Dios, en su alto tribunal inapelable, lo condena por las culpas que comete en esta vida, la justicia de semejante fallo se escapa á la inteligencia humana y repugna á la razon de todas las criaturas. Por este camino, el hombre de conciencia recta va derecho á la desesperacion, y el que se siente dominado por la materia encuentra en semejante doctrina una razon irrecusable para justificar todos los extravíos del corazon y todas las disipaciones del vicio. ¡Ah, y qué bien se conoce aquí la mano de fuego de Satanás! Si la Iglesia católica no fuera divina, es indudable que la ralea de estas gentes habria logrado revolucionarla; no ha sido así, ni será: la palabra de Jesucristo, inmutable como su divina esencia, tendrá cumplimiento por todos los siglos, y será eternamente el castigo moral de los rebeldes y la desesperacion de los incrédulos.



... y calculados, que ha cambiado por completo sus costumbres y el modo de ser de los antiguos pueblos cristianos. El reinado de Luis Felipe fué la escuela práctica donde aprendieron los pueblos modernos á evitar la corrupción á estado absoluto ministerial. XXI. por la casa de una, lexicidad que siempre se comparó á su cañar á los pueblos con la libertad doctrinaria, que ahora por lo estrecha y limitada por lo melódica, al mismo tiempo

Pero si el doctrinarismo se ha visto precisado á retroceder ante la impenetrabilidad de la Iglesia, ha tenido por desgracia más ancho campo donde poder extenderse, y en el que no ha encontrado verdaderos obstáculos que se le opongan. Después de la teología, á la que debe su nacimiento, la política fué lo primero que invadió; ya hemos indicado que hizo su aparición en las Constituyentes francesas; pero envuelto muy luego por el torbellino revolucionario, desapareció pronto de la escena, sin dejar en pos de sí otra cosa que el recuerdo de su esterilidad y el gérmen de su propio ser, que habia de desarrollarse andando el tiempo y de adquirir las grandes proporciones que ahora tiene. Apareció de nuevo con la restauracion en Francia de la dinastía legítima, y fiel desde el primer momento á su origen, ni mantuvo francamente los principios proclamados por la Revolucion del 89, ni dejó apoyarse á la dinastía restaurada sobre las leyes tradicionales de su patria. La influencia política del doctrinarismo siempre es destructora; como el flúor, ataca todos los cuerpos y corroe el vaso que lo contiene. Eternamente funesto para altas instituciones, cuando combate una monarquía la mata, y cuando la apoya la deshonra. Si toma actitud respecto de ella, sea esta la que quiera, el resultado final de su influencia siempre es el mismo: la caída de los reyes que no tienen energía bastante para destruirlo. El primer efecto de bulto que produjo en Francia el doctrinarismo político fué la caída de Carlos X, y la creacion despues bajo su influencia de una falsa monarquía que, inspirándose solo en el amor de los intereses materiales, imprimió á la sociedad una tendencia egois-

ta y calculadora, que ha cambiado por completo sus costumbres y el modo de ser de los antiguos pueblos cristianos. El reinado de Luis Felipe fué la escuela práctica donde aprendieron los políticos modernos á elevar la corrupcion á sistema de gobierno; á establecer la tiranía ministerial velada por la gasa de una legalidad que siempre se compra; á engañar á los pueblos con la libertad doctrinaria, que ahoga por lo estrecha y fastidia por lo metódica, al mismo tiempo que les arranca con mano impía sus santas libertades y sus fueros. En esa misma escuela aprendieron tambien á vivir la vida de la utilidad, y á considerar como preocupaciones nécias los escrúpulos de la honra; á buscar sistemáticamente la equidistancia entre lo que, segun su diccionario, se llaman extremos, y que no son otra cosa que la verdad y el error siempre contrapuestos, como es indispensable que suceda.

Esta política, cuyo carácter social no puede desconocerse, tuvo inmediatamente su más natural y legítima representación: todas las mesocracias salieron de su oscuridad así que las bañó la atmósfera disipada del doctrinarismo y ocuparon por derecho propio los primeros puestos. Se concedieron á sí mismas el privilegio exclusivo de representar el deseo público, y fallaron sin apelacion que la suprema felicidad consiste en el orden material y en el goce tranquilo de las riquezas, sea la que quiera la manera de adquirirlas. Desde que estas clases se han sobrepuesto en todas partes y dictan la ley á la razon y al sentimiento, el mundo moral ha perdido su fisonomía y la mayor parte de sus antiguas condiciones: el doctrinarismo que representan, pálido y frio como los rayos de la luna, todo lo decolora y lo marchita. Para él la religion católica no es una institucion divina, prueba evidente de la eterna verdad de la palabra de un Dios, y manantial perenne aquí en la tierra de esperanza y de consuelo. Los gobiernos doctrinarios ven siempre la Iglesia por el prisma estrecho de lo temporal y humano, y se arman contra ella de un veto estúpidamente interesado, del que usan segun les conviene y con el que impiden en muchas